

## La Cultura de la Desigualdad en Chile

ALBERTO MAYOL M.

Sociólogo, académico de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile

Coordinador Centro de Investigación de la Estructura Social (CIES), Núcleo de Iniciativa Científica Milenio, FACSO, Universidad de Chile

*amayol@uchile.cl*

**Resumen:** Este artículo aborda la dimensión cultural de la estructura social que en Chile ha tomado la forma de una 'cultura de la desigualdad', esto es, de un conjunto de rasgos valorativos e imágenes de mundo que forman parte de la producción y reproducción de la desigualdad. Se enuncian sintéticamente estos rasgos y se ofrece una invitación a plantearse una perspectiva culturalista frente a la estructura social chilena.

**Palabras Claves:** *desigualdad, estructura social, cultura*

*"Todo aquel que piensa  
que la vida es desigual  
tiene que saber que no es así,  
que la vida es una hermosura"*

Celia Cruz

### ¿Por qué conjugar la dimensión cultural y la estructura social?

¿Sabía usted que los colegios particulares, particulares-subvencionados y municipales tienen igual puntaje en la prueba SIMCE? Usted dirá, "pero eso es una locura, todos saben que no es así". Pues bien. Si uno homologa la condición económica del establecimiento, la diferencia entre tipo de establecimientos se desvanece. Los puntajes SIMCE expresan un problema social, la desigualdad, no un asunto educacional ni la calidad de un tipo de establecimiento. ¿Sabía usted que en Chile una de las principales causas de muerte son las enfermedades respiratorias, específicamente las neumonías, y que ellas son casi el doble de letales en un establecimiento público que en uno privado? Nuevamente alguien responderá que la salud privada es mejor y que por tanto, no importa lo pobre que usted sea, mejor vaya a una clínica y endéudese para siempre porque la vida no tiene precio y que, es éste el argumento de esta convicción, la probabilidad de morir en una clínica es menor porque la salud privada es mejor, ya que es más eficiente y tiene mejores médicos porque se paga más. Sin embargo, la conclusión está equivocada. Lo mejor no es estar en una clínica. Lo realmente mejor es no ser pobre: le dará menos neumonía, tendrá mayores probabilidades de ser diagnosticado a tiempo (los criterios de diagnóstico muestran disparidad según zonas geográficas), tendrá la posibilidad de realizar su tratamiento adecuadamente, podrá ejecutar los descansos laborales necesarios y su probabilidad de morir (resultante de lo anterior) disminuirá hasta extinguirse en las proximidades del mágico e imposible cero. Pero sigamos con este ejercicio de conciencia. ¿Sabía usted que no todas las comunas del Gran Santiago tienen los mismos niveles de contaminación? Usted dirá: "claro, quizás la zona oriente, llena de automóviles resultante del dinero de sus habitantes, tiene índices de contaminación mayores". Sin embargo, la realidad no

confirma esta mirada. El reporte diario de las distintas estaciones de monitoreo indica que los niveles de contaminación son diferentes según se trate de Pudahuel o de Las Condes, pero no castigando al lugar con más autos por habitantes (Las Condes), sino sancionando a la zona con menos vehículos. De hecho, como fenómeno ilustrativo, uno puede tomar los datos de un día hábil cualquiera (he elegido el viernes 12 de junio de 2009 porque tengo a mano el periódico del día siguiente) y resulta que ese día la estación de monitoreo de Pudahuel marcó 236 según el índice ICAP (Índice de Calidad del Aire que analiza material particulado), mientras Las Condes marcó 49. Cerro Navia, el mismo día, también una comuna de nivel socioeconómico bajo y medio bajo, llegó a 262 puntos, mientras las comunas de clase media como Santiago y La Florida obtuvieron 162 y 122 respectivamente. ¿Y cómo el aire sabe dónde están los pobres, para sancionarlos por su situación? ¿O es acaso la infinita crueldad de un ser superior que quiere ver más niños de poblaciones en las urgencias de hacinados hospitales sufriendo de una neumonía severa? No, por supuesto que no. Es simplemente que hay hechos sociales que son como cosas, evidentes y palpables, permanentes y sistemáticos, indesmentibles en definitiva. Y el hecho que la vida es desigual es uno de los más evidentes, aun cuando queramos pensar con Celia Cruz que la vida es un carnaval y que la percepción de injusticia es falsa conciencia. Por supuesto, usted dirá, sólo queda ilustrado –con lo dicho– que la desigualdad existe. Y no es suficiente decir esto para llegar a señalar que hay algo así como una cultura de la desigualdad. Este salto merece cuidado y es el que se intenta bosquejar en este texto, sin mayor pretensión que la de cuestionar la invisibilidad y/o naturalización a la que se somete a las diferencias sociales.

En el nivel de la cultura se hace posible que lo empíricamente dado se haga normativamente legítimo. La realidad social, a veces áspera y tosca, se ilumina por la densidad cultural, proveyéndose así de matices y consideraciones. Y es que los hechos portan una carga valorativa que les resulta indispensable para poder ser considerados como tales. De este modo, la desigualdad, por sí sola, podría resultar un asunto estrictamente distributivo, si la apreciamos con el simple lente de la objetiva contemplación. Sin embargo, su articulación social dice relación con valores asociados a los proyectos de sociedad en juego en un determinado momento de la historia y a los juicios que los miembros de una comunidad desarrollan frente al hecho dado. Allí donde la igualdad, en alguna de sus formas, no es un valor, difícilmente exista el hecho social desigualdad, que se tornará invisible o insignificante, un mero asunto de teoría de conjuntos, donde un conjunto tiene más objetos en su interior y el otro cuenta con menos. Es en el nivel normativo donde la igualdad adquiere carta de ciudadanía, o para el caso, estatus de asunto público e incluso carácter de fenómeno social relevante para las ciencias del lado de acá. Es por esta razón que en el Centro de Investigación en Estructura Social (CIES) hemos considerado fundamental destinar dos líneas de investigación, dentro de la decena que el proyecto tiene, orientadas precisamente a abordar la cuestión cultural de la desigualdad. Nuestro diagnóstico, como centro, es que el desarrollo de investigación en esta arista del problema es sumamente escaso. Hay estudios descriptivos que analizan valores de ciertas clases, imaginarios de grupos, posibles orientaciones, en fin. Lo sabemos y por ello no decimos que no haya estudios al respecto. Sin embargo, sí decimos que la investigación existente sobre ese espacio intersticial entre cultura y estructura social ha carecido de los énfasis necesarios sobre la presencia de la cultura como factor en los temas de desigualdad, dejándola como simple síntoma, efluvio fenoménico, manifestación blanda de una realidad dura. Por supuesto, no negaremos aquí que también la cultura es síntoma y expresión blanda de realidades más duras, pero aun cuando esa mirada es necesaria, lo que argumentamos es que no es suficiente.

Las condiciones culturales son usualmente investigadas desde la perspectiva modernizante que pretende un cambio cultural acorde a la evolución normativa de las sociedades, según las regularidades que han expresado sociedades más avanzadas. O son investigadas desde la expresión testimonial de las identidades, que muchas veces roza el deseo político o ético de reivindicación de ciertas formas de ver el mundo. Nuevamente, no es desdeñable realizar esfuerzos de esta índole. Pero agotar la cultura en dichos espacios intelectuales ha ido empobreciendo el debate sobre el asunto. En pocas épocas se publica más sobre cultura que en tiempos actuales, no obstante lo cual parece ser precaria la sensibilidad frente al fenómeno, esto es, considerar la dimensión simbólica como un factor socialmente relevante. Cuando Max Weber analiza el origen del capitalismo dice dos cosas: una, muy recordada, señala que el capitalismo encontró un motor esencial en la ética protestante, que le proveyó de un camino (en lo normativo) para el despliegue de los intereses de lucro propios de la manera de generar riqueza del capitalismo. La otra cosa que dijo, mucho menos recordada, fue que aun cuando las condiciones materiales de acumulación primitiva de capital existían en otros sitios también por la época, fueron las condiciones culturales un factor decisivo en que ocurriera el surgimiento del capitalismo en Europa y no, por ejemplo, en la India, donde el régimen de castas impedía el libre tráfico de los bienes. Mucho estudiamos a Weber en términos de esquemas, pero es poco lo que contemplamos su forma de tratar la cultura. Y es que damos un énfasis sostenido a la racionalización social y dejamos de lado la racionalización cultural. Si, por el contrario, miramos a Weber de otro modo (y podría ser Simmel, podría ser Parsons, podría ser Sorokin, podría ser Durkheim, podría ser Bourdieu, podría ser Habermas), veríamos que el problema del sentido en la sociedad es un problema que tiene tanta relevancia como poca solución, lo que debiera motivarnos a poner la mirada sobre dicho asunto.

Es así como podemos mirar Chile y sus debates para poder apreciar la simplicidad a la que se reduce la observación de los asuntos culturales. ¿Fenómeno Enríquez-Ominami? Respondemos: se quiere ver más juventud. ¿Piñera posible presidente? Respondemos: la gente quiere un mejor gestor. ¿Por qué los programas de televisión recurren al desnudo y la competencia como recursos motivacionales? ¿Por qué Bachelet está mejor evaluada en crisis económica que antes de existir ésta? Podríamos llenar de preguntas este texto y podríamos bosquejar las principales respuestas que los especialistas nos proveen. Sin embargo, basta mirar algunas preguntas para apreciar que estamos haciendo un nulo esfuerzo por comprender la dimensión cultural a partir de las características que tiene la cultura. Esto requiere una breve explicación: la cultura es enciclopédica, todo lo recibe y lo procesa, todo queda en su interior, carece de la virtud inestimable de la discriminación (sigo aquí a Simmel). Por supuesto, en la cultura hay elementos que quedan instalados como más significativos que otros, pero la cultura es una acumulación sistemática de avatares y movimientos. Y su operación sistemática es otorgar sentido en medio de este infinito caos. El gran desorden es procesado lentamente con la operación inquietante del significado, que va construyendo pliegues, plexos, combinaciones, que va separando cuando se hace imprescindible, que une a veces con misteriosas leyes lo que parecía separado. Y así la cultura construye religiones, mitos, disciplinas científicas, valores, imágenes de mundo, todo lo cual provee de sentido. Y es que antes de crear se necesita Verbo. Eso ya lo dijo Dios, voz autorizada para estos avatares.

Pues bien. Nuestro proyecto de investigación ha considerado que, si bien la cultura no es el horizonte de ninguna investigación en estructura social, ya es tiempo de que sea considerada un factor en correspondencia a su posible influencia en los asuntos de estructura. Y ante esa convicción es que la primera etapa de la investigación empírica abarcó más de 70 entrevistas cualitativas en todo Chile a diferentes categorías sociales, las que se establecieron a partir de dos criterios: las categorías que estudios

relevantes anteriores marcaban como significativas y las categorías que las transformaciones visibles en datos secundarios de los últimos años señalan como significativas según los cambios en la estructura ocupacional. Luego de esto se diseñó una ambiciosa pauta de entrevista (disponible en la página web de nuestro proyecto) y se aplicó según protocolo metodológico cada una de las entrevistas. Y luego de eso, estamos analizando.

## ¿Qué nos dice la empiria?

Nuestras primeras observaciones de esta etapa empírica cualitativa nos hablan de fuertes procesos de objetivación de la desigualdad en los marcos simbólicos, lo que podemos considerar un factor decisivo en la resistencia al cambio de las condiciones de desigualdad. Las características principales de esta cultura de la desigualdad pueden ser planteadas en un listado sugerente en términos de impacto. No es menor vislumbrar en una sociedad que ha estado orientada a procesos de democratización como proyecto de sociedad, que la distribución de recursos económicos, de prestigio y poder se muestren resistentes a la igualdad. No implica esta sentencia asumir las posturas teóricas que homologan democracia política con equidad económica, pero indudablemente hay un punto por examinar cuando se habla de acceso desigual de recursos y cuando además es la cultura la que provee de los marcos normativos para garantizar y perpetuar la diferencia. Es por esto que en la investigación del CIES hemos decidido otorgar relevancia a los problemas simbólicos asociados a la estructura social. Y las primeras observaciones, todavía líneas gruesas indudablemente, nos dicen que las siguientes características aparecen como expresiones de la cultura de la desigualdad.

| <b>RASGOS DETECTADOS DE LA CULTURA DE LA DESIGUALDAD</b>   |
|--|
| <b>Observaciones basadas en análisis de discurso de entrevistas semiestructuradas<sup>1</sup></b>  |
| Lógica de castas en la relación entre elite y resto de los grupos sociales.  |
| Reducción de los problemas distributivos a asunto moral a través de los imaginarios de la caridad y del emprendimiento.  |
| Sensación de extinción de las capas medias.  |
| Atribución de la pobreza como resultado de una falta o pecado económico (flojera, no aprovechar las oportunidades, entre otros).   |
| Victimización como recurso político fundamental para la obtención de protección social.  |
| Malestar y bienestar como horizontes acrílicos de evaluación de la realidad.   |
| Percepción de descapitalización (económica, social, cultural, simbólica) de los pobres y aparición de 'capitales' espurios, reactivos, que favorecen efímeramente la subsistencia a costa de reproducir y agravar la condición de pobreza. |
| <b>Observaciones basadas en análisis de contenido de los debates en la opinión pública</b>   |
| La particularidad sacra de las tragedias de la elite.  |
| La persistente atribución al Estado de roles subsidiarios por parte de actores políticos y de los medios de comunicación.  |

1. Las entrevistas semiestructuradas que realizó CIES se encuentran disponibles en la biblioteca de la página web del centro [www.ciesmilenio.cl](http://www.ciesmilenio.cl)

Este listado es posiblemente incomprendible sin una explicación mínima del sentido articulador que adquieren estos rasgos cuando se conjugan como un todo cultural que sustenta las bases valorativas de los miembros de la comunidad. Por ello es que a continuación desarrollamos brevemente los puntos específicos, aun cuando advertimos lo que resulta evidente: que este panorama es provisional y que, por tanto, no permite realizar un diagnóstico acabado de la cultura de la desigualdad. Desarrollamos a continuación, entonces, los puntos antevistos.

- Lógica de castas en la relación entre elite y resto de los grupos sociales.
  - 0 Este rasgo se caracteriza por la atribución de un sentido naturalizador a la diferencia social que se marca entre la clase dominante y el resto de la población. La visión de que las relaciones entre clases parecen imposibles si no están mediatizadas por relaciones de consumo (cliente-vendedor), por fiestas (recitales, estadios), por la caridad como marco normativo que relaciona clases altas y bajas (donante/receptor) o por relaciones laborales reguladas normativamente (jefe-empleado) genera la sensación siguiente: cualquier contacto no regulado es inadecuado y simbólicamente riesgoso (para la elite) y sólo tiene sentido para el conjunto de la población como acceso aspiracional a un mundo al que no se pertenece.
- Reducción de los problemas distributivos a asunto moral a través de los imaginarios de la caridad y del emprendimiento.
  - 0 La cultura sobre las relaciones de clase comienza a ser enteramente adecuada a una visión individualista y voluntarista. Los pobres –reza la cultura de la desigualdad- pueden salir de la pobreza gracias al emprendimiento y los ricos pueden favorecer a los pobres mediante la caridad. Ambos discursos son de fácil digestión y ante todo esconden por completo toda consideración estructural, planteando entonces la redistribución como un asunto voluntario (la caridad) y como un mérito moral (la generosidad, la conciencia social) y señalando la pobreza, indirectamente, como un resultado de una falta.
- Sensación de extinción de las capas medias.
  - 0 Quienes se autosignifican como miembros de la clase media señalan ineludiblemente dos rasgos de este grupo: primero, que es la principal clase, en magnitud y relevancia social, del país; y en segundo lugar, que es la clase más dañada por la ausencia de políticas en su favor, lo que redundará en un proceso de extinción. Todo esto conduce a la condición de clase media como un permanente y enorme esfuerzo por mantener dicha posición en contra de las tendencias que se diagnostican como estructurales. La idea de mayoría invisible habla de problemas de integración detectados por quienes constituyen este grupo, que se autosignifica además en riesgo social. La clase media entendida en un sentido de vulnerabilidad es un rasgo constitutivo de la cultura de la desigualdad, ya que por definición estos grupos construyen su sentido de existencia fuera de la zona de riesgo social. Su inclusión, entonces, en este segmento supone una visión subjetiva que corta la sociedad en dos: los vulnerables y (sumado a encastización) los invulnerables. A esto se debe añadir la insustentable combinación normativa que habita en las mentes

de las capas medias: una ética meritocrática basada en la honestidad se combina con el deseo de acceso a logros que ellos mismos consideran provenientes de una ética crápula, deshonesto y centrada en el abuso.

- Atribución de la pobreza como resultado de una falta o pecado económico (flojera, no aprovechar las oportunidades, entre otros).
  - 0 Un fenómeno interesante es la autosignificación de sujetos que son pobres (ingresos que los sitúan en el 20% de menores ingresos) como miembros de una presunta clase media baja. Este fenómeno, aun cuando tiene algún grado de relevancia, es todavía más significativo cuando se aprecia que esta clase media baja (que como decimos, son pobres) han construido esta distinción para diferenciar a quienes han cometido faltas asociadas a la pobreza (flojera, falta de emprendimiento) de quienes se enfrentan a dificultades que logran ir superando gracias al esfuerzo. De alguna manera, entonces, la distinción de clase que realizan pretende ser un discurso de legitimación de la propia conducta.
  
- Victimización como recurso político fundamental para la obtención de protección social.
  - 0 Cuando la lógica del gasto focalizado se impone, la posibilidad de obtener protección social se reduce en la medida que la situación particular mejora económicamente. Sin embargo, cuando la nueva condición no es suficientemente acomodada, e incluso más, cuando la autopercepción de riesgo de volver a caer en situación de vulnerabilidad es alta; se suele producir la búsqueda de obtener los beneficios resultantes de la condición de vulnerabilidad, como forma de consolidar el mejoramiento objetivo de la propia situación. De este modo, la tendencia de los grupos en proximidad a la condición de vulnerabilidad es sostener un discurso y una autopercepción, frente al Estado, de víctimas. Esta forma de relacionarse con la política es enormemente des-ciudadanizante, pues se basa en victimizarse y todo proceso de esta índole es empobrecedor en términos de la capacidad de afrontar desafíos en la vida individual o social. Además, una sociedad hecha de víctimas en un volumen gigante supone que hay otro segmento abusivo y genera un conflicto latente y a la vez pasivo, de notable empobrecimiento ciudadano.
  
- Malestar y bienestar como horizontes acrílicos de evaluación de la realidad.
  - 0 La vida en el bienestar y en el malestar aparecen crecientemente como resultados de condiciones de consumo. Y cuando aparece el malestar, toda la ruta de politización saludable de él se encuentra fracturada. No hay elaboración del malestar en el espacio público, no hay constitución de sistemas de valores para combatir el malestar, ideologías, no hay nada. Hay malestar y bienestar en estado bruto. Esto supone una ruta de despolitización evidente, la que se articula en una distribución de poder que perjudica a los ciudadanos en la tríada Estado/mercado/ciudadanos. En este escenario la ausencia de horizonte de acción política y de posibilidad de construir historia colectivamente hablando se hace sumamente evidente y es otro síntoma, o quizás incluso una causa activa, de la incapacidad de generar rutas que conecten el diagnóstico del malestar con los proyectos de construcción de proyectos políticos encaminados al bienestar social.

- Percepción de descapitalización (económica, social, cultural, simbólica) de los pobres y aparición de 'capitales' espurios, reactivos, que favorecen efímeramente la subsistencia a costa de reproducir y agravar la condición de pobreza
  - 0 Los pobres se sienten (y todo indican que están) descapitalizados. Sin duda carecen de ingresos económicos suficientes, pero además carecen de redes de oportunidades que permitan saltos en la estructura, carecen crecientemente de redes de apoyo en la reproducción familiar, carecen de capital simbólico y de capital cultural. Y lo perciben. Como es evidente, la ausencia de capitales supone que no pueden acumular ni convertir un capital en otro. Ante ello reaccionan construyendo nuevos capitales, pero espurios, de utilidad marginal y eventualmente breve (la ética del sufrimiento como recurso ante el Estado, la violencia apropiadora de espacios, por nombrar algunos).

Son estos algunos rasgos de la cultura de la desigualdad. Rasgos todos que han sido detectados en las primeras observaciones empíricas de nuestro centro. Si agregamos a esto fenómenos evidentes en la opinión pública, que ya señalamos en el cuadro presentado, como la particularidad sacra de las tragedias de la elite o la persistente atribución al Estado de roles subsidiarios, contamos con un escenario particularmente adverso para la reducción de la desigualdad, la que se objetiva simbólicamente. Brevemente explicamos, por supuesto, estos dos últimos puntos. El primero, referido a la sacralidad de las tragedias de la elite, dice relación con un análisis realizado para la Revista Análisis del Año 2008, donde se apreció la existencia de dos tragedias que causaron gran conmoción: las niñas del Colegio Cumbres en su viaje de estudios y el General Bernal en el accidente en helicóptero que le costó la vida en Centroamérica. Podemos añadir, ya entrado el año 2009, el revuelo que causó el caso "Emita" (referido a la hija del Ministro de Hacienda Andrés Velasco y la periodista Consuelo Saavedra) y que terminó, ya no en una tragedia, sino en un 'milagro'. Pues bien. El análisis que en dicho documento se pormenoriza hace referencia al carácter distintivo de las tragedias de la elite, que no sólo dejan de tener un contenido estrictamente negativo (aunque siempre lamentable), sino que añaden un contenido positivo: el carácter de ser elegidos. Esto, que no es enteramente nuevo en la historia y cultura de las tragedias, sí es relevante de destacar cuando sólo ocurre para las elites. De alguna manera, se asume que la tragedia de un pobre está condicionada por su estilo de vida, precario y riesgoso, motivo por el cual no tiene sentido trascendental el arribo del mal, que pasa a ser un asunto de probabilidades. En cambio, la elite, al estar protegida de los riesgos, constituye en la tragedia un inverosímil cuya única explicación es la fuerza superior. Pero esa fuerza superior, que en términos de tragedias en las sociedades antiguas se atribuía a una falta cometida, ahora es vista como un proceso de selección divina y de encuentro espiritual con el pueblo, mediante el dolor humanamente aceptado, que se transmuta en respeto y admiración. Todo esto quedó sumamente claro con los casos referidos.

Por otro lado, la atribución persistente al Estado como institución subsidiaria del mercado ha ido generando la idea de un Estado legislador, de protección social y militar, desconociéndose toda otra función más allá de establecer regulaciones económicas muy básicas y enteramente reactivas ante fallas de mercado flagrantes. Un Estado que carece de fundamento integrador con respecto a la sociedad en su conjunto, es evidentemente un aparato políticamente insuficiente para paliar las carencias de poder de segmentos enormes de la sociedad. Si el problema del Estado es, en lo económico, la mera condición crítica, su sentido histórico pierde relevancia y se desvanece en la sociedad.

## Conclusiones (preliminares)

En la más sacra tradición sociológica, los hechos sociales son objetivos en la medida en que constriñen la conciencia individual y no dependen de la acción desagregada de los sujetos, quienes son impotentes ante la masividad y resistencia de los hechos sociales. La configuración de una cultura de la desigualdad, esto es, un conjunto de subjetividades que legitiman y reproducen un orden inequitativo, densifica lo simbólico al punto de convertirlo en una carga productiva de realidad material. Este problema merece ser tratado incluso teóricamente, aunque de momento sólo podemos decir que, en el caso chileno, la problemática cultural respecto a los asuntos de desigualdad es de gran relevancia y que un descuido en este punto (que ha ocurrido en nuestra comunidad investigativa) resulta una falencia grave a la hora de comprender nuestra estructura social. Como proyecto investigativo, el CIES pretende fomentar esta discusión, entre otras. Nuestro análisis primario de esta dimensión nos indica la plena articulación de los rasgos referidos: el estado subsidiario fomenta la victimización como forma 'natural' de demanda política, mientras la victimización es la solución posible a evitar la acusación de pobreza como resultado de una falta ("el pobre merece ser pobre" dice nuestra cultura) y esta última atribución simbólica explica el gran interés por evitar simbolizarse a sí mismo como 'pobre', transitando a la idea de 'clase media baja', la que por su precariedad explica la significación que se le añade como 'clase en extinción' (normal si se mira el fenómeno, pues en rigor no es una clase media). Por cierto, la enorme distancia entre los grupos de más ingreso y quienes pertenecen al 50% más pobre de la sociedad, termina por marcar una fuerte invisibilidad entre ambos grupos, que acaba expresándose en la naturalización de la diferencia y la operación consecuente de una lógica de castas. La distancia social no es sólo un asunto económico, pues se detecta en los otros 'capitales' (simbólico, cultural, social) y este rasgo es evidentemente un fuerte estímulo a la persistencia del hecho social 'desigualdad'. Si a esto se suma la imposibilidad de procesar estos problemas en el espacio público, pues se trata de temas que se tienden a reducir a lo individual-doméstico, la ecuación termina en un lugar obvio: la búsqueda de la supervivencia movilizándolo algo que no son los capitales típicos (los nombrados), sino la constitución o mera suma a relaciones sociales que constituyen capitales perversos, de utilidad efímera y disolvente del tejido social. Pero no hay otra salida al malestar material. Y cuando el malestar se sitúa en la subjetividad, el origen social del mismo es negado para ser convertido en un asunto individual, lo que por cierto no es más que otra forma de privatización de los asuntos públicos, lo que se toma carta de ciudadanía con la convicción creciente sobre la autonomía biográfica de cada individuo, dejando de lado toda explicación colectiva.

Estas son algunas articulaciones. No es sitio para abundar en la operatoria de esta máquina de sentido que parece constituir la cultura de la desigualdad. Serán otros textos los que redundarán en más y mejores detalles. De momento, desde aquí, invitamos a abrir la puerta al fenómeno. **N**